

Algunas reflexiones sobre lo traumático en el abuso de dos niños.

Stecker, Claudio Oscar¹

Resumen

Como tantos otros conceptos, el trauma, ha suscitado un vasto trabajo intelectual, teórico y clínico en su nombre; sin embargo algo que responde a su lógica interna, pareciera ser admitido sin mayores rodeos. La idea se basa en la lógica del “después”; dicho de una manera extremadamente sencilla; algo ocurre y más adelante ocurre otra cosa, “a posteriori”, que constituye aquello como trauma.

Ahora bien, para quienes trabajamos con niños, sabemos que a menudo el tiempo lo tenemos contado. Es por ello que al detenernos a analizar un trauma, no podemos menos que considerar que la distancia que separa el primer tiempo del segundo es mucho más que acotada.

La cuestión abre al menos, un par de interrogantes, a saber :

Si la distancia entre el primer y segundo tiempo se achica, casi hasta desaparecer o no dar demasiado margen a la emergencia del segundo: ¿qué le confiere al primero su valor traumatogénico ?

En segundo lugar: ¿Con que cuenta el niño para enfrentar el potencial traumatizante de las vivencias acontecidas ? y un poco más, si le suponemos algunos recursos posibles, ¿cuál sería su esencia ?

A la luz de las preguntas planteadas y a partir de su articulación con un material clínico, en la perspectiva del psicoanálisis en extensión, se rodean algunas respuestas posibles, que permiten ordenar el campo de análisis sobre la problemática planteada.

Palabras clave: Trauma – Tiempo – Niño – Acontecimiento – Abuso – Poder

¹ Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. E-mail: stetesisc lau @ ciudad . com . ar

Some reflections upon the traumatic in the case of the abuse of two children

Abstract

As many other concepts, trauma has brought about very intellectual, theoretic and clinic works. Nevertheless, something which concerns to its inner logic is admitted without roundup.

The idea is based on the logic of the “afterwords”; to simplify things; something takes places, farther off –in the time, I mean – another thing occurs “a posteriori” which constitutes such a thing as a trauma .

Now, to us who works with children it is known that our time is scarce on many occasions. This is why when we stop to analyze a trauma, we must consider that the distance between the first and the second time is much more than limited.

This question opens at least a pair of interrogations, such as: if the distance between the first and the second time is reduced, as almost disappear, or is not given too much margin to the emergency of the second one: which confers to the first its traumatogenic value.

In the second place: with which counts the child to face the potential traumatizing of these experiences?. And, besides, if we suppose some possible resources, which would be its essence?

On the light of the stated questions, and starting from its articulation which any clinic material, and on the outlook of psychoanalysis, some possible answers are rounded about, permitting to arrange the background of analysis on the mentioned problematic.

Key words: Trauma – Time – Child – Event – Abuse – Power

Algunas reflexiones sobre lo traumático en el abuso de dos niños.

Hablar de trauma en psicoanálisis nos remite a una categoría presente desde los orígenes, bien sabido es por todos que el psicoanálisis ha nacido de la mano de la teoría del trauma. Más conocido aún: el apasionamiento freudiano, su sorpresa y decepción,¹ y la importante operación de pasaje de la realidad acontecida - fundamento de lo traumático en un principio - a la realidad fantaseada, o, más precisamente, *realidad psíquica*. Como tantos otros conceptos, el trauma ha suscitado un vasto trabajo intelectual, teórico y clínico, en su

nombre; sin embargo, algo que responde a su lógica *interna* pareciera ser admitido sin mayores rodeos. La idea se basa en la lógica del "después"; dicho de una manera extremadamente sencilla, algo ocurre (no cualquier cosa y, como seguramente veremos, si ocurre o no ocurre, o que ocurre de lo que se dice que ocurre), y más adelante - en el tiempo digo - ocurre otra cosa, "*a posteriori*", que constituye que se funda aquello como trauma. Cierta efecto retardado es necesario para que con posterioridad, lo primero sea transformado en trauma por lo segundo. Siguiendo esta lógica, uno podría decir que no hay trauma hasta lo segundo, por ejemplo.

El Nachtraglichkeit freudiano permite una dinámica de funcionamiento psíquico que divide el tiempo en dos, constituyendo un trabajo de re-significación sobre lo acontecido. El trabajo de re-elaboración llevará, entonces, la impronta de un tiempo que vuelve sobre el pasado, a condición de que, en el presente, encuentre una fuerza propulsora que dirija su efecto hacia aquello olvidado. De esta forma, las posibilidades de elaboración del trauma quedan supeditadas a un devenir temporal, en tanto otro momento advendrá para re-ligar aquello.

Ahora bien, para quienes trabajamos con niños, sabemos que a menudo el tiempo lo tenemos contado²; me refiero a que, muchas veces, el lugar que nos toca en la escena del niño nos permite jugar nuestra intervención en una perspectiva, que bien puede definir o transformar el curso de algunos acontecimientos cruciales a la vida del niño. En esta dirección, a la hora de detenernos a analizar un trauma, no podemos menos que considerar que la distancia que separa el primer tiempo del segundo es mucho más que acotada; por no decir que sería casi disparatado esperar a un segundo tiempo para analizar los efectos en la subjetividad de aquello que en su impronta traumática - suponemos - deja sus marcas.

La cuestión me presenta al menos, un par de interrogantes, a saber :

Si la distancia entre el primer y segundo tiempo se achica, casi hasta desaparecer o no dar demasiado margen a la emergencia del segundo: ¿qué le confiere al primero su valor traumatogénico? O, dicho de otra forma, si no podemos esperar hasta la pubertad para significar retroactivamente el acontecimiento constituyéndolo en trauma, ¿cuáles son los supuestos psicológicos en los que nos apoyamos para entender que allí hubo trauma ?.

En segundo lugar: ¿Con qué cuenta el niño para enfrentar el potencial traumatizante de las vivencias acontecidas? Y un poco más: si le suponemos algunos recursos posibles, cuál sería su esencia?

Me avisaron que la madre de Lucas no se había acercado a la escuela, siendo que el establecimiento en varias oportunidades la había citado. La cuestión comenzaba a preocupar, no sólo porque se trataba del comienzo de su salita de tres, sino por la experiencia transitada el año anterior junto a Ruli, su hermanito, que a esta altura comenzaba primer grado...

Me dispuse entonces a ingresar a la sala. Los encontré espontáneamente reunidos a unos cuatro o cinco chicos, alrededor de una mesita; por lo que me senté con ellos y les pregunté:

“¿Uds. tienen animales en casa?”

El primero me dijo que no, la segunda me contó de su gato, el tercero tenía un gallinero; hasta que el turno de Lucas llegó y me dijo:

L: “ Yo tengo un perro, un gato, un pato... un elefante y un tigre...”

No me ocupé de salir de mi asombro e insistí:

Un perro...un gato....un pato.....está bien, pero: ¿cómo haces con el elefante y el tigre.?

L: El elefante se la pasa durmiendo, y el tigre me corre todos los días, ¡¡¡¡ me corre hasta abajo de la cama !!!!!

¿Y cómo te las arreglás , tu abuela no te defiende?

L:¡¡ No !! Ni loca, y mi mamá trabaja. Yo me meto debajo de la cama....

Mi sorpresa anudaba con el prejuicio. Sólo tres años de vida alcanzaban para que un niño, sujeto incipiente, tomase la palabra, e hiciese de su uso un instrumento para transmitir, en su ejercicio subjetivante, el horror padecido en carne propia y, a su vez, el contraste hacia lo suyo.

Nuestra historia con Ruli, su hermano, había sido otra. Cuando comenzamos a contar con la presunción de que su padre abusaba de él, me dispuse a indagar indicios que me pusiesen en pista sobre la veracidad de los hechos.

Se trataba de un pibe alegre, muy tierno, sin dificultades aparentes de adaptación y con un potencial intelectual notable. Promediando el preescolar, era uno de los que más se destacaba. Salvo en un punto: al mirar sus dibujos, encontré una clara discordancia entre la

producción gráfica, su trazo. Su emplazamiento, la pobreza simbólica figurativa, la precaria estructuración de la forma, parecían a contrapelo de un desarrollo que, en otras áreas, mantenía un brillo destacado. El contraste resultaba más que notable en relación al armado del lenguaje, bien ordenado y organizado, tanto en el campo semántico como pragmático. Allí detuve mi primera pregunta :

¿Cómo podía ser, que un niño con una organización madurativa tan heterogénea y rica, flaquease en la expresión gráfica sin contar con ningún presupuesto orgánico hacia donde derivar la mirada ?

Interrogación que resultó crucial en el sostén de la sospecha. Algunos días después, aprovechamos un día de tormenta y fuertes lluvias, para proponerles a todos los chicos de la salita que dibujasen una persona debajo de la lluvia...

Ruli nos buscó para dibujar, nos pidió que nos sentáramos con él y *dibujó para nosotros*. Su creación nos ponía en pista, la lluvia, transformada en sables de filosos bordes, caía sobre el cuerpo de aquel hombre, que ni siquiera contaba con un paraguas agujereado, para defenderse de la furia de la tormenta...

Un trauma es un acontecimiento, un enclave en la vida del sujeto que divide el tiempo cronológico en dos: antes y después de ello. La impronta económica que da forma al trauma es su intensidad; se trata del exceso constituido como tal, por la incapacidad del sujeto para responder, de forma adecuada, según su dinámica de funcionamiento mental. Un *quantum* de excitación exagerado irrumpe la subjetividad desbordando la capacidad de ligazón del sujeto. Su etiología se remonta a un prefijo griego que denota HERIDA.

El abuso sexual es una de las modalidades del trauma. El abuso denuncia el exceso desde esta perspectiva, actualizado en el *uso desproporcionado* del poder del adulto sobre el niño. La situación de sometimiento sobre el niño desmiente su esencia, para ubicarse en una serie psicopatológica que busca la realización del sadismo, por medio de la apropiación del cuerpo del otro como objeto de descarga y fuente de goce.

El cuerpo del niño queda atrapado en un circuito altamente traumatogénico, atravesado por un exceso de excitación, que no encuentra ninguna forma de metabolización somática posible. El Otro lo ha traicionado: en particular, en ese punto en el que había depositado su confianza y al que había referido, al menos en intención, una mirada, a los efectos de encontrar un lugar seguro desde donde reflejar su deseo. La identificación con el padre, *la*

*más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona,*³ se transforma en el campo de la tragedia.

En esa serie donde el niño busca *ir tomando* del Otro, para darse alguna forma posible, el Otro lo vuelve en horror, lo aprisiona, buscando reducirlo a la condición de su siniestro capricho.

El miedo gobierna la escena, la autoridad adulta se revuelve aplastante frente a la debilidad del niño. En la cúspide del horror, el sometimiento *casi* automático a la voluntad del agresor. Ferenczi⁴ nos sugiere que, por identificación con el agresor, este desaparece como realidad objetiva, llegándose a incorporar en alguna de las series psíquicas del niño. Desde esta lógica, la agresión deja de existir como *realidad exterior*, dando lugar a lo que en la misma ilación denomina *trance traumático*.

La denuncia en el Jardín sobre las aberraciones que ocurrían en esa casa, llegó de la mano de un tercero. De una manera sorpresiva, algo aturdida y confundida por el temor a perder su empleo, Rosa, la empleada doméstica, comenzaba a ubicarse como testigo de la confesión de la abuela, que se le revolvía insoportable. La situación se había mantenido en silencio durante mucho tiempo; una siniestra homeostasis sostenía la escena: la madre, ocupada en sus compromisos laborales, no se detenía en los comentarios poco consistentes de su propia madre, con quien mantenía un tormentoso conflicto desde niña. Mientras tanto, el padre repetía su cometido en una escena que aún hoy nos cuesta creer...

No resulta difícil situar dos tiempos; es más, se me impone necesario:

- *De una abuela que cuenta a una abuela que confiesa.*

Pasaje crucial que transforma el comentario en confesión y desde allí en denuncia. El pasaje quiebra la siniestra constancia familiar, produce una rajadura necesaria para que algo de lo intra-familiar sea puesto en circulación en el exterior. Apertura fundamental, cuyo primer efecto en quienes participamos fue la duda, la vacilación, la desconfianza.

¿Cuáles fueron las causas que llevaron a la abuela a contarle a Rosa lo que ocurría, en ese momento y no en otro ? Por qué no lo hizo antes ?

Un nuevo dato re-considerado nos puso en pista. El padre de Rulí, separado desde hacía tiempo de la mamá, acostumbraba retirar a sus hijos del Jardín dos veces por semana. Una

de esas tardes en las que Rosa pasaba a buscar a su Hijo, compañero de salita de Ruli, escuchó ocasionalmente cómo el padre invitaba, para el día siguiente, a otro compañerito de la sala a jugar al club.

Rosa, que días anteriores había comenzado a sospechar que en la casa pasaban *cosas raras*, le contó a la abuela la escena, abriendo el juego al develamiento de una verdad que, a esta altura, se volvía insoportable...

La apertura hacia otro espacio de lo que allí ocurría, comenzaba a presentarse como peligrosa amenaza para el siniestro equilibrio familiar del que cada uno era cómplice. La escena guardaba cierta condición endogámica como clave para perdurar en el tiempo; apenas algo de *ellos* comenzó a filtrarse hacia afuera, la ruptura se hizo ineludible. Una de sus condiciones fallaba, nuevamente el juego de la traición hacia lo suyo. Si tanto tiempo el relato del asunto se había mantenido en silencio, si a la abuela no le alcanzaba la preocupación para echar a patadas al yerno, si era ella misma la que a pesar de que sabía lo que ocurría le seguía abriendo la puerta frente a cada visita, a esta altura podemos imaginar que existía entre ellos una fidelidad indeclinable, en la que cada uno ponía en juego alguna modalidad identificatoria con el siniestro cometido. La deslealtad del perverso cabecilla los conmueve hacia un movimiento exogámico, del cual no parecen dispuestos a participar.

El contexto de nuestra intervención aún nos sigue planteando interrogantes. Desde el día que recibimos la denuncia en el Jardín, fuimos intentando distintas modalidades de llegada a la escena que bien valdría la pena mencionar. Rosa reconocía un trato amigable con la madre de los chicos, por lo cual mantuvimos un par de entrevistas con ella buscando llegar a la madre; pero estaba muy asustada y al corto tiempo desapareció, cambiando de Jardín a su hijo y renunciando a las tareas que realizaba en la casa. Sin embargo, la chispa ya se había encendido, y apenas pasaron unos días cuando fue la abuela quien, sin aviso, llegó al Jardín para contar lo que ocurría.

La escena comenzaba a iluminarse a partir de aquel testimonio que nos permitió llegar a la madre y realizar una serie de entrevistas en donde *rápidamente* buscamos re-definir la situación, tanto ambiental como jurídica. Las cerraduras de la casa fueron cambiadas. Después de algunos sobresaltos, establecimos un trabajo en red con la Dirección de Minoridad del Distrito, y los niños iniciaron psicoterapia, a la vez que la madre fue incluida en un grupo de reflexión al que nunca concurrió. La Justicia sigue su largo curso. El padre,

pareció elegir un campo retirado de la ciudad, poniendo distancia de huida a un caos que se abalanzaba sobre él ...

Quisiera ahora detenerme un poco en el niño y en algunas ideas posibles a las que la escritura me lleva, en la perspectiva de mis interrogantes iniciales. Me refiero a aquello que traumatiza, al intento por ubicar *eso* que confiere al hecho su valor traumatogénico; y en la serie de este relato podría ubicar en las siguientes direcciones:

- 1 . Se trata de aquello que Freud llamó en su metapsicología el factor económico, es decir, la distribución de las cantidades de excitación según las leyes de funcionamiento psíquico; en este sentido la vivencia del niño está *marcada* por el exceso, un desborde de excitación que le viene del Otro y frente al cual resulta crucial el encuentro de alguna forma de descarga posible, que no siempre logra; lo que nos permite pasar a la segunda.
- 2 . En este caso, se trata de analizar la *reacción* que mantuvo el niño frente al agresor. Freud nos lo sugiere de muchas formas (Freud, S. (1893-95a): 3-43)⁵ y en distintos pasajes: se trata de la respuesta del niño, una *reacción enérgica* frente al suceso atenuaría su condición traumatogénica. Un niño activo, en este sentido, advendría con mejores posibilidades de tramitación del asunto. Ahora bien: ¿qué quiere decir activo en este contexto? Por mi parte, propongo pensarlo en una dimensión contraria al planteo clásico de Ferenczi; es decir, no en la serie de la identificación con el agresor, sino en la perspectiva de la rebeldía y la protesta. Cabe mencionar que Freud nos habla del *verdadero efecto catártico de la reacción*⁶ (Freud, S.(1893-95 a): 34), sólo si la respuesta es la adecuada; en ese sentido, la que más se aproxima es la venganza... Sin embargo, la cuestión, allí, sería evaluar en qué condiciones y con qué recursos cuenta el niño para hacerle punta a su legítima defensa. En la experiencia que hace lugar a este trabajo, dos niños encuentran diferentes posibilidades para re-ligar algo de lo acontecido. El más pequeño nos sorprende cuando apela al lenguaje⁷ para enunciar *su verdad*; el más grande, con uno de los recursos más genuinos que hace a su esencia niño: al dibujar *para nosotros*, nos revela su drama.
- 3 . En tercer lugar, otro de los aspectos cruciales resulta de todo aquello que entra en la perspectiva del engaño, de la traición, de la mentira. Me refiero particularmente a ese punto donde el niño es traicionado por el adulto. Esa *persona* en la que había

depositado, irreductiblemente, su confianza, lo entrapa, diría, en su *buena fe*, aplastándolo y reduciéndolo a una condición que lo aleja de lo humano. Aquel poder del adulto en el que el niño necesitó creer para constituirse como tal, se vuelve, enmarañándolo en un siniestro trance.

En cuanto a nuestra labor, quizás uno de los trabajos más complejos, consiste en la apertura de un espacio para que algo de la verdad del niño pueda entrar *en juego*. Para que algo de esto opere se impone como esencial la búsqueda de una posición lo suficientemente flexible como para sostenerse, diría, a la par, del impacto que produce la confesión / denuncia del adulto (en este caso Rosa / la Abuela), abriendo un lugar donde el niño enuncie su verdad desde su condición niño; con aquello que, sabemos, *lo hace* niño: una vez más, el jugar, el dibujar, el modelar, el fantasear que acompaña su producir... El niño no siempre toma la palabra y nos la ofrece, y no son pocas las veces que la cuestión es al reverso: es la palabra quien lo toma y lo confunde.

El lugar del analista, desde esta perspectiva, produce la apertura de un espacio y un tiempo distinto que en su originalidad, dando chance a una nueva oportunidad. El psicoanalista *da*, pero... *¿qué da?*. Oferta una disposición con la que el niño aún no se encontró: la de alojar en una escena un lugar para el horror padecido, en la medida que lo habilita *lúdicamente* con su presencia; lo invita a jugar con eso. Su posición hace posible un segundo tiempo al trauma, fundando una distancia donde sea concebible abrir el tiempo en dos, promoviendo un margen donde la actividad entre el niño y *eso* que un analista lee allí principie un amparo visible. El trabajo del psicoanalista precipita y ubica *un niño*, a condición de que su misma práctica haga lugar a su aroma más genuino: su producción, su movimiento, su verbo, jugado con las herramientas que lo constituyen. La entrada de un analista en escena produce un segundo momento potencial que permite la re-distribución del exceso traumatogénico, creando con su presencia un lugar para el niño en donde antes sólo había traición, mentira y confusión. El analista trabaja alojando la producción del niño, escucha y ampara un grito que no lograba ser oído; y crea, con su práctica, las condiciones para un segundo tiempo, que permita alguna inscripción posible del tormento padecido.

La *confusión de lenguas* a la que nos invita a reflexionar Ferenczi, en ese punto donde se entrevera la pasión del adulto con la ternura del niño y no deja borde o lugar posible, distancia, hiancia, pausa, donde algo del deseo pueda insinuar su esencia, puede encontrar

matices incluso en nuestra propia práctica. Estar atentos, tal vez, sea de buen consejo; nuestra praxis en ocasiones es fértil al enredo entre lenguas. La *invitación* a jugar, a un costado de lo que nos contaron del niño, se constituye , *casi*, en una condición ética de nuestra práctica.

Referencias

- Aulagnier, P. C. (1986). Las entrevistas preliminares y los movimientos de apertura . En *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. (pp. 168-187). Buenos Aires: Amorrortu .
- Ferenczi, S. (1984). Reflexiones sobre el traumatismo. En *Obras Completas. Tomo IV*. (pp. 153-163). Madrid: Espasa Calpe.
- Confusión de lenguas entre los adultos y el niño. En *Obras Completas Tomo IV*. (pp. 139-149). Madrid: Espasa Calpe.
- Freud, S. (1893-95). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas. Tomo II* (pp. 3-43) Buenos Aires: Amorrortu. 1990.
- (1920). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas. Tomo XVIII* (pp. 3-62). Amorrortu Eds . Buenos Aires .1989.
- (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En O. Completas. Tomo XVIII (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.1989.
- Green A. Partir de Los sexual. En:Las cadenas de eros, actualidad de lo sexual 1 (pp. 15-18). Buenos Aires: Amorrortu.1992.
- La coherencia de Freud. En Las cadenas de eros 2 (pp. 19-22). Buenos Aires: Amorrortu. 1992.
- La sexualidad en el análisis contemporáneo*. En las cadenas de eros 19.(págs 175-184).Amorrortu Eds. Buenos Aires 1992.
- Notas sobre la pedofilia*. En Las cadenas de eros 22.(págs 199-202) Amorrortu Eds.Buenos Aires 1992.

¹ Freud, S.(1886-1899).*Carta 69*.En Obras Completas.Tomo I .(págs 301-302) Amorrortu Eds. Buenos Aires 1986.

□ En relación a las intervenciones del psicoanalista y sus jugadas iniciales en las primeras entrevistas no tenemos todo el tiempo del mundo, no estaría nada mal, detenernos un poco a pensar en aquellas otras situaciones, a menudo frecuentes ,donde se impone la necesidad de intervenir con una maniobra en ocasiones mas definida, en contrapunto a la ambigüedad jugada en la escucha flotante del analista, ver Aulagnier, P. C. *Las entrevistas preliminares y los movimientos de apertura* . En: El aprendiz de historiador y el maestro brujo. Cap. III. (pág 168-187).Amorrortu Eds. Buenos Aires 1986.

□ Freud S.(1921).*Psicología de las masas y análisis del yo*. En O. Completas. Tomo XVIII (pág. 99). Amorrortu Eds. Buenos Aires.1989.

□ Ferenczi S. *Confusión de lenguas entre los adultos y el niño* .En Obras Completas Tomo IV.Cap XI (págs 139-149). Espasa Calpe. Madrid. 1984.

□ Freud, S.(1893-95). *Estudios sobre la histeria*. En O.Completas.Tomo II(págs. 3-43) Amorrortu Eds. Buenos Aires 1990.

□ Freud, S.(1893-95). *Estudios sobre la histeria*. En O.Completas. Tomo II(págs. 34) Amorrortu Eds. Buenos Aires 1990.

□ “{... }el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción...”ver. Freud, S *Estudios sobre la histeria*. En O.Completas.Tomo II (pág.34)Amorrortu Eds. Buenos Aires 1990.